

2

¿La hora de alternativas al neoliberalismo? Un análisis de la coyuntura actual

Hassan Akram

Introducción: La dominación neoliberal

Este libro propone indagar en alternativas al modelo neoliberal dominante en Chile. Para hacerlo, primero tenemos que entender qué es el neoliberalismo. Dicho concepto ha permeado la jerga popular para referirse a la ideología que subyace el modelo de políticas del Consenso de Washington.¹ Estas políticas públicas (el triple lema de liberalización, privatización y desregulación) se justifican por una visión ideológica general de las bondades del mercado. Según los neoliberales, el mercado crea, a través de la competencia que supuestamente le es inherente, mayor producción de bienes y servicios, y mayor bienestar social.

Bajo esta visión general, la liberalización comercial deja actuar las fuerzas competitivas globales que permiten la especialización de las ventajas comparativas de cada país. También, según los neoliberales, la liberalización financiera genera competencia entre bancos y otras instituciones que permitiría bajar las tasas de interés globales. De la misma forma, la privatización crea nuevas empresas competitivas, más eficientes que los monopolios estatales. Así, la desregulación libera todos estos actores privados de la interferencia del Estado, profundizando la acción maximizadora del mercado.

Estas políticas específicas se han implementado mundialmente en distintos lugares y con distintos grados de intensidad. Sin embargo, la visión general de que el mercado juega el papel primordial en la economía y que el Estado tiene que reducirse al mínimo posible, es una posición ideológica universalmente reconocible e influyente. Mientras que la eficacia de todas las políticas anteriormente mencionadas ha sido disputada, esta visión todavía perdura.

Se ha observado que la liberalización comercial solo fortalece las ventajas comparativas estáticas, muchas veces generando una matriz productiva peligrosamente monoexportadora y sin capacidad de generar alto crecimiento a largo plazo (Chang, 2009). También se ha analizado la manera en que la

¹ Williamson (1989) hace la primera descripción de las políticas públicas específicas del Consenso de Washington. Sin embargo, la aplicación de varios programas de Ajuste Estructural del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial (BM) ha significado un aumento de las políticas incluidas (el cambio más notable es la inclusión de la liberalización financiera, algo que Williamson excluyó explícitamente).

liberalización financiera genera inestabilidad macroeconómica, peligrosamente procíclica (Stiglitz, 2002). Además, se ha estudiado cómo la privatización y la desregulación no necesariamente generan empresas privadas competitivas, sino monopolios (efectivamente naturales) privados, menos eficientes que las empresas públicas (Chang y Singh, 1993). Sin embargo, el escepticismo político frente a la capacidad del Estado de resolver estos problemas (la esencia de la ideología neoliberal) ha mantenido la continuidad de estas políticas públicas cuestionadas.

Entre las diferentes ‘variedades del capitalismo’ que existen en el mundo, la versión chilena es una de las más profundamente neoliberales, donde el mercado juega un papel mayor en las distintas esferas de la vida. Mientras que en otros países el Estado de bienestar ‘desmercantiliza’ ciertos sectores como la educación, la salud y la seguridad social, en Chile están casi exclusivamente regidos por el mercado. Del mismo modo, en otros países el Estado incentiva ciertos sectores (los que tienen externalidades positivas como *spillovers* tecnológicos), mientras que en Chile la matriz productiva es determinada casi exclusivamente por el mercado.

La dominación neoliberal en Chile no debe sorprender. Este país vivió una dictadura cívico-militar de 17 años, durante la cual un equipo tecnocrático neoliberal (la fusión de los *Chicago Boys* y los gremialistas) implementó un modelo que daba un espacio máximo al libre mercado. Los gobiernos de la Concertación que llegaron con la ‘transición democrática’ tuvieron que convivir con una Constitución Política creada por los mismos neoliberales, que sistemáticamente limitaba la transformación democrática del modelo económico. En este complejo contexto no pudieron (o no quisieron) hacer cambios más profundos al neoliberalismo chileno.

Los partidarios de la Concertación rechazan la palabra ‘neoliberal’ como descriptor del modelo chileno. Argumentan que durante los veinte años de su gobierno se hicieron cambios sustantivos al modelo económico de los *Chicago Boys*, de manera que hoy en día Chile no sería neoliberal, sino “una economía social de mercado” (Ottone, 2016). Este rechazo a la etiqueta ‘neoliberal’ se basa en una visión muy limitada del espectro de reformas al libre mercado que es posible hacer. Así, Peña (2017) argumenta que hay una tricotomía entre la modernización capitalista rápida (la de los *Chicago Boys*), la modernización capitalista gradual (la de la Concertación) y la sustitución del capitalismo. Según el autor, solo la primera opción sería “neoliberal”. Pero dicha tricotomía es demasiado simplista y no captura el abanico de políticas públicas implementadas en los distintos países capitalistas.

La escuela de las ‘variedades del capitalismo’ hace una tipología sistemática de los distintos modelos del capitalismo que existen, dejando claro que hay un espectro continuo (analógico) entre las variedades más (neo) liberales y las más intervencionistas. Usando este marco analítico, se entiende que bajo los

gobiernos de la Concertación Chile hizo reformas que redujeron el espacio del mercado, tal como dicen Ottone y Peña. Pero esto no implica desconocer que, incluso después de estos pasos, el país sigue estando en el área neoliberal del espectro de economías capitalistas, donde por cierto hay otros modelos con un grado mucho mayor de intervencionismo.²

Este libro tiene la meta de explorar alternativas al neoliberalismo en Chile en las distintas esferas de políticas públicas, reivindicando el rol del Estado en la economía. Sin embargo, proponer políticas antineoliberales detalladas y específicas en esta coyuntura histórica podría parecer un sinsentido. El mundo se está moviendo hacia un mayor grado de escepticismo frente al Estado democrático de derechos sociales y hacia el empoderamiento de la derecha política. En un contexto del fortalecimiento ideológico de las élites, el proyecto de proponer alternativas antineoliberales parece una ingenuidad utópica, porque su implementación carecería de viabilidad política. No obstante, este capítulo propone disputar esa interpretación y argumentar que el momento actual es precisamente el indicado para empezar a pensar alternativas al neoliberalismo.

Durante los últimos años hemos visto el fortalecimiento de movimientos políticos derechistas en todo el mundo. Recientemente, en América Latina han sido derrotados varios gobiernos de izquierda, como el de Cristina Fernández en Argentina y el de Dilma Rousseff en Brasil. Además, llegaron al poder gobiernos neoliberales, como el de Mauricio Macri en la misma Argentina y el de Pedro Pablo Kuczynski en Perú. Asimismo, los cambios regionales reflejan un reordenamiento del poder político a nivel global con el triunfo de una derecha extremista, nunca antes visto en el mundo desarrollado. La victoria del Brexit en el Reino Unido y de Trump en los Estados Unidos representan cambios profundos en el paradigma de la política cotidiana, fortaleciendo grupos derechistas. Sin embargo, estos cambios son más bien un producto de la profunda crisis del neoliberalismo. Como una forma de introducir los otros textos de este libro que buscan profundizar distintas políticas públicas antineoliberales específicas, este capítulo ahondará en esta 'crisis del neoliberalismo', sugiriendo que éste es el momento para pensar en superarlo.

En la segunda sección se analizarán los fenómenos electorales más llamativos de la historia reciente (Brexit y Trump), argumentando que independiente de sus preferencias políticas son síntomas de la aguda crisis del relato neoliberal. Se examinarán las causas de dicha crisis del neoliberalismo argumentando que ella es resultado de un profundo descontento ciudadano con el modelo económico. Se argumentará que la izquierda no pudo canalizar este descontento porque se autoamordazó, dejando de lado sus críticas económicas para ganar poder asociándose con el poder empresarial. En la tercera sección se analizará el caso

2 Para un análisis detallado de las políticas económicas de la dictadura y la Concertación, véase Akram (en prensa), donde se hace una comparación evaluativa entre ellas y las 'mejores prácticas mundiales' (*best practice models*) de las distintas variedades del capitalismo.

chileno, siguiendo la tesis de que también en este país también se vislumbra una ‘crisis del neoliberalismo’ y una ‘izquierda autoamordazada’ (tanto como en el Reino Unido y Estados Unidos). Para concluir, se argumentará que para escapar de esta crisis es imprescindible explorar alternativas al neoliberalismo reinante.

Marco interpretativo: Las causas de la crisis del neoliberalismo

El descontento ciudadano con la desigualdad: ¿El talón de Aquiles del neoliberalismo?

Innegablemente, el triunfo del Brexit en el Reino Unido y el de Donald Trump en Estados Unidos representan la victoria de *ciertas* fuerzas de la derecha. Sin embargo, éstas no son las típicas fuerzas de la derecha neoliberal dominante hasta la crisis económica. Para Inglaterra, el Brexit implica derogar el Tratado de Libre Comercio (TLC) del mercado común europeo, generando barreras al comercio internacional, precisamente lo contrario a todo lo que los neoliberales británicos han defendido por tanto tiempo. Para Estados Unidos, Trump propone abandonar el TPP³ y renegociar el NAFTA,⁴ generando otras barreras al comercio internacional, también lo contrario a todo lo que los neoliberales estadounidenses han defendido por tanto tiempo. En los dos países, los partidarios del Consenso de Washington han tenido que defender su visión sobre las políticas públicas frente a la crisis de confianza política expresada en la retirada de estos países de proyectos de libre comercio.

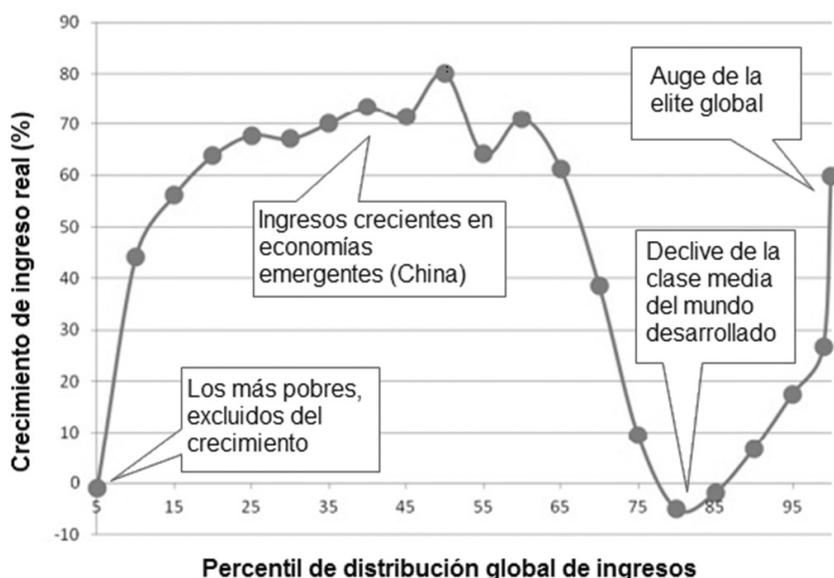
Las causas de la evidente crisis del neoliberalismo han sido ampliamente estudiadas recientemente. Una de las interpretaciones más influyentes relaciona dicha crisis con el gran incremento en la desigualdad salarial, combinado con un estancamiento o deterioro absoluto en los ingresos de la mayoría. Se argumenta que este contexto genera una clase marginada del desarrollo económico, los denominados ‘rezagados’ (del inglés *left-behind*). Estos *rezagados* han votado por opciones políticas que rechazan el modelo económico actual representado por la Unión Europea y también por los tratados de libre comercio como el NAFTA, que tanto atacó Trump. Esta interpretación propone que el neoliberalismo no ha funcionado ni económica ni políticamente y es hora de buscar alternativas (ése es el objetivo de este libro). Este capítulo defenderá esta interpretación del Brexit y de Trump, aunque la hipótesis central es que una situación similar se puede detectar también en Chile: una crisis del neoliberalismo evidente a pesar del fortalecimiento de la derecha.

3 Trans-Pacific Partnership (Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica).

4 North American Free Trade Agreement (Tratado de Libre Comercio de América del Norte).

Algunos estudios económicos indican que en las últimas décadas la economía mundial no ha beneficiado a las clases medias y bajas del mundo desarrollado, sino más bien a sus élites. Esto es precisamente lo que sugiere el relato de la crisis del neoliberalismo producido por los *rezagados*. El famoso «gráfico del elefante» del economista Branko Milanovic pretende cuantificar y explicar el comportamiento de dichas clases sociales que terminaron votando por el Brexit y por Trump (figura 1).

Figura 1. Crecimiento global de ingresos (1966 a 2008).



Fuente: Milanovic (2012).

Según Milanovic, “el gráfico de elefante explica la mayor parte del voto Brexit y Trump mostrándonos tajantemente que las personas en la parte baja de la distribución de ingresos en los países desarrollados han visto menores beneficios de la globalización. Eso es cierto en comparación tanto con la gente en Asia (con quien muchas veces tienen que competir en las cadenas globales de valor) como con la élite de sus propios países” (Milanovic, 2016; traducción del autor).

Sin embargo, este análisis ha sido cuestionado. Según Adam Corlett, “el gráfico parece demostrar que partes de la distribución global de ingreso alrededor del octogésimo percentil han visto el estancamiento de sus ingresos durante los últimos veinte años. Se ha dicho que este grupo representa ‘las clases medias y bajas del mundo desarrollado’ incluyendo el Reino Unido y los Estados Unidos [...] Sin embargo, la idea que los ingresos promedio de este grupo se han estancado en esta época no es lo que las cifras dicen” (Corlett, 2016: 6 y 8; traducción del autor).

Corlett argumenta que el gráfico no es una buena forma de entender el cambio en los ingresos de un grupo particular de un país particular (por ejemplo, la clase baja británica o estadounidense). El problema es que el gráfico calcula el ingreso de un decil global de la distribución global de ingreso en 1988 y lo compara con el ingreso del mismo decil global en la distribución de 2008.

En la base de datos de Milanovic se agregan nuevos países para los últimos años del estudio. Además, existe un efecto demográfico a considerar, ya que ciertos países aumentaron su población más rápido que otros. Estos dos factores generan un cambio en los deciles nacionales que están en los varios deciles globales del gráfico. En otras palabras, las personas que están en un determinado decil global en 1988 no son las mismas personas que están en ese decil global en 2008. Pueden ser de otros países o del mismo país, pero que —por el cambio demográfico— eran parte de otro decil global en 1988. Efectivamente, se está comparando los ingresos de un grupo de personas en 1988 con un grupo totalmente distinto en 2008, lo que no permite hacer interpretaciones claras sobre el bienestar y las actitudes políticas de estos individuos.

Corlett argumenta que, cuando se ven los cambios en ingresos de un determinado decil con un grupo consistente de países en un gráfico que mantiene a estos deciles según su distribución en 1988, los resultados cambian. Según él, “no hay estancamiento, sino bajo crecimiento para las personas alrededor del octogésimo percentil”, por lo que las conclusiones políticas sobre el Brexit y Trump serían erradas (Corlett, 2016).

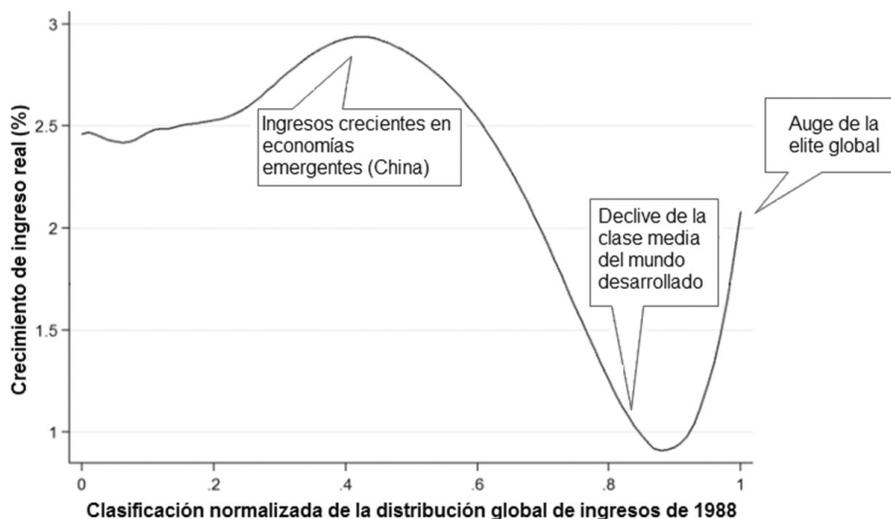
Sin embargo, Milanovic (con su coautor Lakner) han respondido a Corlett explicando que ellos mismos realizaron el cálculo manteniendo la estabilidad de las poblaciones de los deciles (la llamada curva cuasi no anónima).⁵ Según estos autores, manteniendo los mismos países y controlando por cambio demográfico, los resultados muestran las mismas características del primer gráfico. Específicamente, según Milanovic y Lakner “el gráfico que controla por el cambio de personas a otros deciles y el aumento de la población [también] tiene una bajada alrededor del octogésimo percentil” (Lakner y Milanovic, 2016; figura 2).

El grupo afectado negativamente corresponde a aproximadamente 145 millones de personas, y 70% de ellos son parte de la clase media baja del mundo desarrollado. Por ejemplo, en este grupo se encuentran el segundo decil estadounidense, el último decil alemán, el rango desde segundo hasta el cuarto decil francés, desde cuarto al sexto decil italiano y desde el octavo al décimo decil español. Como se puede apreciar en el gráfico corregido, la forma de elefante se

5 Una curva no anónima sería una que compara los ingresos de un grupo específico de individuos en un año con los ingresos de estos mismos individuos en otro año. Esto no es posible de hacer con las cifras de Milanovic porque los niveles de ingreso que tiene son de encuestas con muestras aleatorias que ocupan distintos individuos cada año. Sin embargo, sí se puede hacer una curva cuasi no anónima que ocupe los deciles nacionales de 1988 y analice la dinámica de los ingresos de esos grupos año tras año.

mantiene con el mismo bajo rendimiento para los grupos que fueron afectados negativamente en términos de sus ingresos.

Figura 2. Curva de incidencia global cuasi no anónima 1988-2008.



Fuente: Lakner y Milanovic (2016:5).

No obstante, Corlett sugiere que ni siquiera este bajo crecimiento explica lo que pasó con el Brexit, ya que el gráfico presentado se enfoca en la desigualdad global y no en la desigualdad local. Según este autor, existen cifras locales más confiables que contradicen el relato de los *rezagados*. Corlett se basa en microdatos usados por el gobierno británico para calcular la línea de pobreza oficial para argumentar su punto. Según datos de la Encuesta Nacional de Hogares,⁶ ha habido “un crecimiento promedio bastante fuerte y equitativamente compartido de los ingresos”, algo que la visión global agregada del gráfico del elefante supuestamente esconde.

Sin embargo, para entender la relación entre el cambio en los ingresos a largo plazo y el apoyo del Brexit en 2016, lo más apropiado es analizar las cifras hasta dicho año (los datos de Milanovic y los citados de Corlett son hasta 2008 y 2009, respectivamente). Un estudio del Trades Union Congress (la CUT británica) ofrece un panorama de qué ha pasado con los ingresos británicos en años recientes. Estos números más actualizados (y más relevantes para el Brexit) apoyan el argumento sugerido por Milanovic. En TUC (2016) se puede ver que “los trabajadores británicos han sufrido la baja más grande en salarios reales de

⁶ Corlett (2016: 28-29) cita cifras del Family Resources Survey (Encuesta de Ingresos Familiares) que se usa para construir la base de datos sobre Households Below Average Income (hogares con ingresos inferiores al promedio) de 1988 a 2008-2009.

todos los países de la OCDE. Entre 2007 y 2015 los salarios reales en Gran Bretaña cayeron 10,4%; ningún otro país alcanza este resultado salvo Grecia. Durante el mismo período, las mil personas más ricas del país duplicaron sus ingresos” (cuadro 1). En otras palabras, hubo un aumento *relativo* (de desigualdad) y una reducción *absoluta* (de ingresos).

Cuadro 1. Cambios en salario real y empleo, países seleccionados (2007-2015, porcentajes).

País	Cambio en salario real (porcentaje acumulativo 2007-2015)	Cambio en empleo (puntos porcentuales 2007-2015)
Grecia	-10,4	-9,0
Reino Unido	-10,4	+0,6
Italia	+0,9	-2,3
España	+2,8	-8,5
Estados Unidos	+6,4	-3,4
Promedio OCDE	+6,7	-0,6
Francia	+10,5	-1,8
Alemania	+13,9	+5,1

Fuente: Cálculos del TUC en base de las cifras de empleo y salarios reales del informe de la OCDE *Employment Outlook 2016*

Los datos más recientes de Estados Unidos, preparados por Alvarado y colaboradores (2017), también sustentan el argumento de Milanovic sobre el declive de las clases medias bajas del mundo desarrollado. Según ese estudio, “hay un colapso total de la participación del 50% inferior de la distribución de ingresos en Estados Unidos entre 1978 y 2015, desde el 20% al 12% del ingreso total. Al mismo tiempo, la participación del 1% superior de la distribución aumentó de 11% a 20%”. En términos del nivel absoluto de ingresos “no hubo nada de crecimiento para el 50% inferior”, quienes vieron una reducción del 1% de sus ingresos durante este período (1978-2015), mientras que el 1% superior vio un incremento de 198%” (cuadro 2).

Cuadro 2. Cambio en ingresos por grupo, países seleccionados (1978-2015).

Grupo de Ingresos	China	Estados Unidos	Francia
50% inferior	+401%	-1%	+39%
1% superior	+1898%	+198%	+67%

Fuente: Alvaredo et al (2017: cuadro 1)

De este modo, en 2016, tanto en el Reino Unido como en los Estados Unidos, las clases medias y bajas estaban sufriendo un estancamiento o reducción de ingresos mientras que las clases altas estaban incrementando su patrimonio. Esto definitivamente se condice con la explicación del Brexit y de Trump como la venganza de los *rezagados* que apoyaron la retórica antineoliberal como producto del impacto económico negativo que sufrieron.

Sin embargo, para sostener la tesis de que tanto el Brexit como Trump son síntomas de una crisis neoliberal producto del descontento popular frente al fracaso económico, habría que establecer un vínculo entre estos aumentos en la desigualdad con dicha ideología. Un argumento es que el neoliberalismo no sea el culpable de este aumento en la desigualdad, sino que ésta se deba a otras causas, y que la clase política esté aprovechando el descontento con la desigualdad para dañar el sistema neoliberal. No hay un consenso académico acerca de las causas del aumento en la desigualdad de los años recientes. Sin embargo, todas las causas sugeridas por los distintos expertos están estrechamente relacionadas con el desarrollo del neoliberalismo.

Los científicos sociales han identificado al menos tres causas del aumento en la desigualdad. Milanovic (2016) sugiere que es “la globalización, combinada con el cambio tecnológico y también con cambios en las políticas económicas, como la reducción de impuestos”. Borjas y Ramey (1995) y Ebenstein, Harrison y MacMillan (2015) enfatizan la importancia de la globalización en este aumento en la desigualdad. Según estos autores, tener que competir con productos baratos fabricados en países en vías de desarrollo ha afectado negativamente al sector manufacturero de muchos de los países desarrollados. Con la reducción en el número de empleos industriales sindicalizados y bien remunerados, una nueva élite enriquecida por su trabajo en la cima de las corporaciones transnacionales convive con una masa cuyo estándar de vida ha empeorado.

Por otro lado, Autor y Dorn (2013) sugieren que la desaparición de los empleos industriales no sería por la globalización, sino por el cambio tecnológico,

porque la automatización ha eliminado muchos puestos de trabajo tradicional en las fábricas. De este modo, el cambio tecnológico reduce las oportunidades laborales para personas con baja educación y capital humano, y las aumenta para personas con alta educación y capital humano (Lemieux, 2006). Así, este *skill-biased technical change* tiene el efecto acumulativo de aumentar la desigualdad salarial.

Finalmente, hay economistas que observan que en esta época de globalización y cambio tecnológico, los mecanismos tradicionales de redistribución a través del sistema tributario han sido modificados. Los impuestos progresivos redistribuían un porcentaje mayor de los ingresos de los más ricos, los que eran entregados a través de transferencias y servicios sociales, preferentemente a los más pobres. Con las reducciones en impuestos en los años ochenta, dicho efecto redistributivo se redujo, aumentando de este modo la desigualdad (Looney y Moore, 2015). Cabe destacar también que la progresividad de los impuestos no es la única política pública mermada en este periodo. En efecto, según Card, Lemieux y Riddell (2004), las leyes antisindicales han generado un efecto pro desigualdad similar.

Mientras los economistas debaten la importancia relativa de estas variables, lo evidente es que todas estas explicaciones están directamente relacionadas con el desarrollo del neoliberalismo. La globalización definida como el desarrollo de 'cadenas de producción' globales, donde los distintos componentes de cada bien están fabricados y ensamblados en diferentes países, solo es posible gracias al libre comercio. Las empresas transnacionales solo pueden reubicar empleos a zonas de menor costo laboral porque se han eliminado barreras legales e impositivas, a través de la indiscriminada liberalización comercial y de la reducción general de aranceles.

A su vez, el cambio tecnológico ha generado un aumento en la desigualdad precisamente porque se ha hecho en interacción con esta misma ideología neoliberal. La presión neoliberal de reducir el tamaño del Estado ha implicado, entre otras cosas, la reducción de políticas educacionales para mejorar la distribución de capital humano en la población. Además, la oposición neoliberal a políticas activas en el mercado laboral ha reducido los programas públicos para la reubicación de trabajadores cuyo capital humano se deterioró con el cambio tecnológico. Políticas activas, como las de educación, podrían haber generado el mismo cambio tecnológico, pero sin mayor desigualdad.

Finalmente, los cambios en el nivel de impuestos y otras políticas de redistribución han sido limitados desde la década de los ochenta. La influencia neoliberal en la reducción de impuestos se dio por dos vías. Primero, fueron los gobiernos neoliberales los primeros en bajar impuestos. Los casos de Thatcher en Gran Bretaña y Reagan en Estados Unidos son paradigmáticos al respecto. Sin embargo, estos políticos y también sus partidos y coaliciones de apoyo han

perdido el poder, sin que eso haya implicado una vuelta a los niveles tributarios anteriores. Esto ocurrió porque la segunda vía de influencia neoliberal a nivel tributario es a través de la implementación de políticas de liberalización comercial y financiera. La liberalización comercial permite a las empresas cambiar sus zonas de operación para rebajar impuestos, mientras que la liberalización financiera facilita la ‘fuga de capitales’, que de cierto modo también obliga a la reducción de impuestos con el fin de limitar la salida de flujos de capitales.

A modo de resumen, ha habido un gran aumento en la desigualdad y un deterioro en el nivel absoluto de ingresos para la parte inferior de la distribución de ingresos, tanto en el Reino Unido como en los Estados Unidos. Todas las causas de esta situación (globalización, tecnología e impuestos) están relacionadas con el neoliberalismo. Por lo tanto, se podría argumentar que los resultados económicos de dicha ideología explican el descontento ciudadano que llevó al electorado a apoyar proyectos que dañan al neoliberalismo, como el Brexit y Trump.

Sin embargo, hay otras interpretaciones de estos dos fenómenos políticos que rechazan completamente la idea de que tengan que ver con la crisis del neoliberalismo económico. Puede ser que el descontento ciudadano no sea por la desigualdad, sino por otros cambios sociales. Es cierto que los partidarios del Brexit y Trump no mencionan a la desigualdad como la causa explícita y consciente de su descontento (Kaufmann, 2016). Por eso se ha argumentado que las votaciones no son antineoliberales. Si lo fueran, se argumenta, el electorado habría optado por elegir a proyectos tradicionales de izquierda que cuestionan el libre mercado. Sin embargo, las opciones que han concitado más apoyo son las de la extrema derecha, que critican el neoliberalismo, no tanto como proyecto económico, sino más bien por promover la inmigración y la mezcla de razas bajo un argumento de eficiencia económica. Así, uno podría argumentar que no estamos frente a una crisis del neoliberalismo económico, sino de los valores democráticos.

En las dos próximas subsecciones analizaremos la votación del Brexit y de Trump para defender la tesis de que el apoyo del electorado a estas causas sí tiene que ver con el descontento económico. Sin embargo, este descontento con la desigualdad y el deterioro relativo en los estándares de vida de los *rezagados* se expresa electoralmente con sentimientos de inseguridad laboral canalizada hacia una oposición a la inmigración. Esto ocurre no tanto porque los partidos racistas han logrado echar raíces más fuertes, sino porque hay una izquierda autoamordazada que deja la defensa de los trabajadores con bajos salarios a dichos racistas. En otras palabras, no es que los racistas sean más fuertes, sino que la posición de los no racistas se debilitó (producto de sus posturas neoliberales).

El racismo epifenomenal y la izquierda autoamordazada en el Reino Unido

Es innegable que había un componente racista muy importante en la votación a favor del Brexit. UKIP⁷ hizo una campaña muy enfocada en el tema de la inmigración, usando como publicidad principal un cartel muy controversial con una imagen de una cola de refugiados sirios cruzando la frontera de Eslovenia. Todas las personas en la fotografía fueron hombres de tez morena y abajo tenía la consigna “Al borde del colapso: la Unión Europea nos ha fallado a todos”. Dado que la inmigración hacia la Unión Europea es mayoritariamente blanca y mezclada en términos de género, se consideró no solo engañoso el uso de la fotografía de un grupo exclusivamente masculino, sino un intento de aprovecharse del racismo subyacente. Las acusaciones de xenofobia solo aumentaron cuando Nigel Farage (el líder de UKIP) dijo en una entrevista: “Si un grupo de hombres rumanos llegara a vivir a la casa de al lado me sentiría preocupado”.

Innegablemente, la campaña a favor del Brexit intensificó las tensiones violentas antiinmigrantes en el Reino Unido. El asesinato durante la campaña de la diputada laborista Jo Cox por un fanático de extrema derecha racista fue muy chocante. El Reino Unido no tiene altos niveles de homicidios, y menos de homicidios políticos; en toda su historia solo ocho diputados de un parlamento de 650 han sido asesinados (en Estados Unidos fueron 14 de un Congreso de 535). Además, lo de Cox no fue un evento aislado: en los cuatro días posteriores al plebiscito del Brexit, el Consejo Nacional de Jefes de Policía (National Police Chiefs’ Council) registró un aumento de 57% en el reporte de crímenes de odio racial.

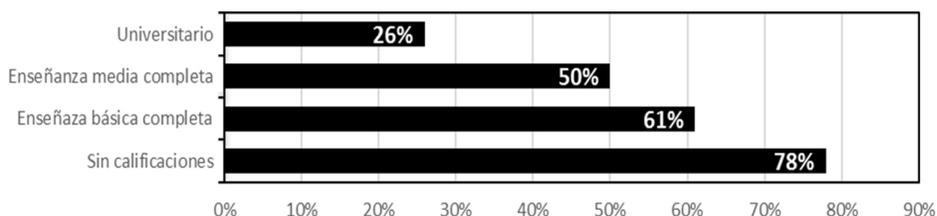
Sin embargo, el vínculo entre el voto a favor del Brexit y la campaña racista de algunos de sus partidarios no es tan directo. Es cierto que el 33% de los que votaron del Brexit dijeron que lo hicieron porque querían retomar control de las fronteras nacionales y limitar la inmigración, pero no se puede caracterizar a esta población simplemente como racista; hay otras dinámicas presentes también fundamentales. Específicamente, un análisis de la votación devela que los seguidores de Brexit fueron fundamentalmente los económicamente marginados (los *rezagados*) del neoliberalismo. El fracaso económico del neoliberalismo (lo que generó los *rezagados*) es la causa subyacente de Brexit; no es el racismo.

Usando la base de datos de las características socioeconómicas de las comunas que votaron a favor y en contra de Brexit se puede identificar a quienes fueron los verdaderos partidarios del fenómeno. Como dicen Becker, Fetzerand y Novy (2016), “los resultados indican que las comunas con gente de menor educación votaron más a favor del Brexit. Es llamativo que esta variable tenga

7 United Kingdom Independence Party o Partido de la Independencia del Reino Unido.

el mayor poder predictivo de todas las variables analizadas con un R cuadrado de 78%” (figura 3). Así, como dijo Peter Pulzer en 1967, “la clase social es la base fundamental de la política británica, todo lo demás es detalle”. El resultado del Brexit sugiere que el juicio de Pulzer sigue vigente: “la clase social, expresada en nivel educacional, generó el apoyo de Brexit” (Johnston, Jones y Manley, 2016).

Figura 3. Porcentaje de apoyo al Brexit según nivel educación (2016).



Fuente: Becker et al (2016)

El nivel educacional no es ni la única ni la mejor forma de medir clase social, pero otras variables de clase también tienen correlación con el apoyo del Brexit. Las comunas con un menor ingreso promedio votaban más a favor del Brexit, “consistente con el relato de que fueron los *rezagados* los partidarios de salir de la Unión Europa” (Becker, Fetzerand y Novy, 2016:24). De hecho, hay una fuerte asociación entre las zonas que sufrieron la desindustrialización durante la embestida neoliberal de Thatcher y el apoyo al Brexit. El 70% de la comuna Doncaster (hay altos niveles de pobreza después del colapso de la minería de carbón) votó Brexit y también el 70% de Hartlepool (hay altos niveles de pobreza después del colapso de los astilleros). En contraste, 75% de la ciudad de Londres (la comuna que concentra el sector financiero globalizado) votó en contra del Brexit. Entonces la explicación para la victoria del Brexit no es simplemente el racismo, sino la pobreza causada por el fracaso del neoliberalismo.

Es posible cuestionar estas conclusiones porque dependen exclusivamente de estadísticas geográficas y son vulnerables a la ‘falacia ecológica’. En otras palabras, es posible que las comunas pobres votaron a favor del Brexit pero que fueron las personas más ricas en dichas comunas las que lo apoyaban. Además, es posible que estas zonas pobres que apoyaban al Brexit tuvieran un ingreso promedio más bajo a causa de un grupo reducido de personas extremadamente pobres que afectan el nivel promedio de ingreso.

De hecho, esto es precisamente lo que ocurre en Estados Unidos con el Partido Republicano. Ese partido suele ganar en los Estados más pobres de Estados Unidos, aunque son las personas más ricas en esos Estados las que lo apoyan. Efectivamente, hay un ‘efecto par’ donde las personas se comparan con sus vecinos. Si son más ricos que ellos (lo que pasa mucho en los Estados más

pobres), entonces votan republicano, y si tienen ingresos similares (como pasa en los Estados más ricos), votan demócrata. Entonces, con las cifras citadas hasta ahora, podemos estar frente a una situación de apoyo del Brexit de gente rica en comunas pobres.

Sin embargo, las encuestas individuales indican que esto no es lo que pasó con el Brexit, sino que la caracterización de la votación pro-Brexit como un voto de los *rezagados* es la correcta. Según las cifras de las encuestas a boca de urna, fueron las clases medias y bajas las que apoyaban al Brexit, mientras que las clases altas y media-altas fueron las que se opusieron. Entre las clases C1, C2, D y E (el 73% inferior de la población) un 59% apoyaba al Brexit, mientras que entre las clases A y B (el 27% superior de la población) solo 43% lo apoyaba. La votación sí se dividió fundamentalmente por clase (ver cuadro 3).

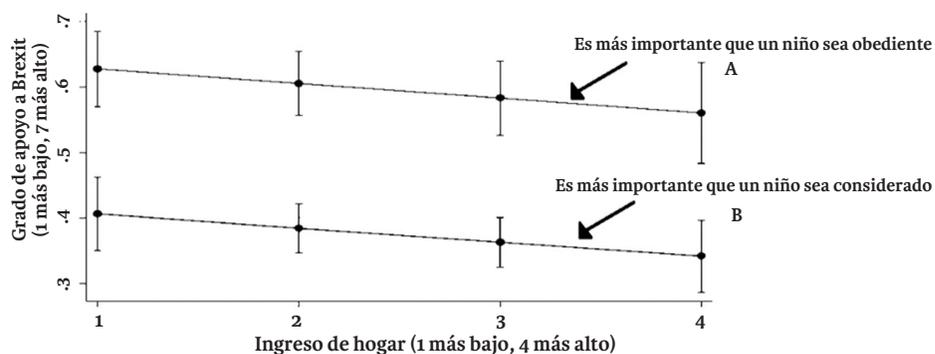
Cuadro 3. Resultados del Brexit a boca de urna por clase social, 2016.

Clase Social	Descripción	% de la población total	% que apoyó Brexit (52% nivel nacional)
AB	Gerentes de nivel alto e intermedio, profesionales y administrativos	27%	43%
C1	Supervisores de nivel junior, administrativos y profesionales	27%	51%
C2	Trabajadores manuales cualificados	21%	64%
DE	Trabajadores manuales poco cualificados; trabajadores precarios, jubilados con la pensión básica; desempleados	25%	64%

Fuente: Elaboración propia en base a Ashcroft (2016).

Sin embargo, esta polarización por clase no disminuye la relevancia del elemento racista y xenófobo en el voto a favor del Brexit. De hecho, usando otras encuestas individuales se ha argumentado que la votación no fue tanto por razones económicas, sino por un autoritarismo profundo. Kaufmann (2016), por ejemplo, ha analizado la encuesta individual de YouGov para comparar el “efecto del ingreso”, “del Brexit” y “efecto del autoritarismo”. Los resultados se resumen en la figura 4.

Figura 4. Efectos de “ingreso” y “autoritarismo” en el apoyo al Brexit entre británicos blancos (Datos encuesta YouGov, 2016).



Fuente: Kaufmann (2016)

Se puede observar que para ambos grupos de personas (líneas A y B), el apoyo al Brexit disminuye cuando aumentan los ingresos. Sin embargo, mucho mayor es la diferencia entre estos dos grupos. El grupo A incluye a las personas que piensan que es más importante para un niño ser obediente que considerado, y en el grupo B están las personas que piensan justamente lo contrario (que es más importante que sea considerado, no obediente). Aunque la diferencia parece irrelevante, la palabra *considerado* tiene asociaciones de empatía con los demás, y la palabra *obediente* habla del respeto a la autoridad. Los psicólogos sociales ocupan esta pregunta para identificar un tipo de personalidad y visión del mundo que se llama «autoritarismo derechista». Es evidente que el grupo A (los autoritarios) son muchísimo más proclives a apoyar el Brexit que el grupo B (los no autoritarios).

Ahora, para entender la victoria del Brexit no se puede ignorar el factor de polarización de clase. Siempre ha existido gente con personalidades autoritarias que apoya a la extrema derecha; lo analíticamente importante para entender el Brexit es estudiar cómo estas actitudes se extienden en la población general y particularmente entre gente de bajos recursos y poca educación. En este proceso de la extensión de los valores autoritarios, la polarización del neoliberalismo juega un papel fundamental.

Como dice Haidt (2016), el proceso de transformación económica “cambia los valores y el comportamiento de la élite urbana, que les hace hablar y actuar de una manera que inconscientemente ‘activa’ las tendencias autoritarias” de los *rezagados*. Haidt sostiene esa tesis en base a las cifras de la Encuesta Mundial de Valores que mide el cambio en las actitudes de los ciudadanos de diferentes países mientras avanza el proceso de desarrollo económico.

Según él, la serie histórica de la encuesta revela “un proceso de transformación en dos pasos: primero los países se muevan desde valores tradicionales de supervivencia a valores seculares de supervivencia” (Haidt,

2015). En otras palabras, van desde una religiosidad conservadora basada en la familia extendida como red de protección, hacia un materialismo consumista individualista cuando las oportunidades de la urbanización y globalización lo permite a través del aumento en los ingresos. Luego de algunas generaciones de consumismo desenfrenado, hay otra transición más. *Antes* fue desde la agricultura a la industria, y *ahora* es desde la industria hacia los servicios, lo que genera una apertura en las actitudes de la población: “la gente aprende de los derechos” y se alejan de las presiones ‘existenciales’.

En otras palabras, como explica Welzel, “la reducción en las presiones existenciales [amenazas a la supervivencia] abre la mente de la gente, le hace priorizar la libertad por sobre la seguridad, la autonomía por sobre la autoridad, la diversidad por sobre la uniformidad y la creatividad por sobre la disciplina. Pero de la misma forma, la consolidación de presiones existenciales mantiene cerrada la mente de la gente, y entonces se enfocan en los valores contrarios” (Welzel, 2013: xxiii). Entonces, la experiencia económicamente polarizadora de la globalización neoliberal ha generado una polarización de valores como epifenómeno.

Esta polarización de valores no implica que los *rezagados* sean simplemente racistas pro Brexit, mientras que la nueva élite globalizada es progresista, abierta y por ende pro Unión Europea. Si el Brexit fuera exclusivamente un voto racista no se entendería el apoyo que concitaba de tantas personas en las minorías étnicas. De hecho, un 33% de la gente de origen asiático, un 25% de la gente negra y un 33% de los musulmanes (el grupo social más discriminado en el Reino Unido actualmente) votó Brexit (Johnston, Jones y Manley, 2016). Con gente no blanca votando por el Brexit pareciera que la votación no fuese racista, sino más bien producto de las carencias económicas. Éstas generan una actitud más temerosa frente al cambio en general, y frente a la inmigración específicamente (temores que los ricos no sufren porque tienen más recursos).

La tesis de que el Brexit no fue racista, sino producto de una inseguridad laboral racializada explica por qué sus partidarios no se oponen al multiculturalismo (piensan que la mezcla de culturas es algo positivo), y al mismo tiempo critican el aumento de inmigración. También explica por qué, según el análisis de regresión, no hay una correlación entre la presencia de inmigrantes en la Unión Europea y una reacción racista pro Brexit, pero sí hay una correlación con *el cambio* en la cantidad de inmigrantes. Esto indica que el problema no es la presencia en sí de gente de origen racial distinto, sino “los cambios repentinos en los niveles de población”, lo que genera una reacción temerosa entre las personas con valores de supervivencia.

Así, la oposición a la inmigración de la coalición pro Brexit tiene que ver con el contexto económico en el cual el reciente aumento en inmigración se ha dado. Frente a una situación de precariedad económica para los desfavorecidos, se activa una reacción autoritaria que busca reponer el orden en contra de los

cambios sociales y demográficos que se interpretan como *amenaza*. En contraste, las personas mejor posicionadas ven a los cambios como una *oportunidad*, precisamente porque sus valores subyacentes han cambiado producto de los cambios económicos.

Esta diferencia también explica los cambios en el éxito electoral de ideas autoritarias antiinmigración. La entrada a la Unión Europea del A8 (un grupo de naciones de Europa Oriental con salarios equivalentes al 40% del promedio europeo) generó un tremendo aumento en la inmigración europea neta al Reino Unido (entre 2003 y 2005 aumentó 130%, según cifras de la ONS, el INE británico). A pesar de eso no aumentó ni la conflictividad social ni el apoyo a la extrema derecha porque ocurrió en un momento de auge económico.

Sin embargo, en 2012, cuando España sucumbió a una crisis de deuda soberana (producto del rescate de su sistema financiero liberalizado), la inmigración neta europea hacia el Reino Unido subió otra vez (entre 2012 y 2014 aumentó un 67%, según la ONS). Aunque el segundo aumento importante no fue tan grande como el primero, esta vez la extrema derecha cosechó los frutos electorales. El país no se había vuelto repentinamente más racista, sino que el factor diferenciador fue la crisis financiera de 2007-2008. Con la economía en un estado débil, el flujo de inmigrantes aumentó el equivalente a lo que Marx llamaba «el ejército industrial de reserva», presionando aún más hacia abajo los salarios. Las familias británicas cuyos ingresos descendieron empezaron a buscar un chivo expiatorio, y con la ayuda de la extrema derecha encontraron a los inmigrantes de la Unión Europea.

El hecho de que el descontento con el neoliberalismo de parte de las clases económicamente marginadas del Reino Unido se haya canalizado hacia una votación con ribetes de extrema derecha, habla del estado deteriorado de la izquierda 'autoamordazada'. El Partido Laborista (un partido efectivamente instrumental que en la práctica abarca toda la izquierda británica) se ha neoliberalizado. Bajo Tony Blair entraron las ideas de la 'tercera vía', una fusión de centroizquierda que abandonó toda pretensión de defender un Estado intervencionista que controlaría y empujaría el sector privado hacia una mayor innovación, para así poder financiar derechos sociales. En vez de negociaciones tripartitas entre el Estado, los empresarios y los sindicatos para asegurar crecimiento sostenible, el Partido Laborista aumentó el financiamiento del Estado de bienestar, con los recursos del sector financiero sobredesarrollado. Así, la izquierda británica oficialista terminó apoyando todas las causas del descontento que hemos analizado.

El aumento de la desigualdad que generó el descontento fue en parte producto de la globalización y Blair apoyó sin titubeos el libre comercio de la Unión Europea. También fue producto de la falta de políticas activas del mercado laboral frente al cambio tecnológico y Blair apoyó las leyes antisindicalistas de Thatcher. Finalmente, también fue producto de las reducciones en impuestos hechas por Thatcher y mantenidas por Blair. Para proteger al sector financiero

(para Blair el único financista posible para los servicios sociales), el Partido Laborista permitió un Estado no intervencionista con regulación mínima, que explotó con la crisis financiera.⁸ El descontento generado por las tendencias pro desigualdad terminó socavando la izquierda posterior a la crisis. No debe sorprender que cuando la izquierda apoya todas las cosas que están generando descontento pierde apoyo.

La lección del voto Brexit es que cuando la izquierda renuncia a defender la regulación del libre mercado, y simplemente pone una mordaza a las críticas a la desigualdad e inestabilidad que genera, la extrema derecha canaliza ese descontento. Así, la importancia de pensar en alternativas al neoliberalismo parece bastante evidente para el Reino Unido.

El racismo epifenomenal y la izquierda autoamordazada en los Estados Unidos

Es innegable que había un componente racista muy importante en la votación a favor de Trump. Él hizo una campaña muy enfocada en el tema de la inmigración con una retórica tan cercana al racismo abierto que espantaba incluso a muchos republicanos moderados. Por ejemplo, para el discurso de inauguración de su campaña en junio de 2015 dijo: “México nos está trayendo

8 La crisis financiera europea fue también la crisis de la visión neoliberal del continente. Aquella consistía en que la reducción de barreras estatales entre los países del continente generaría flujos de bienes, capitales y trabajadores, vinculando las empresas europeas en una gran red de producción, aumentando la eficiencia, el empleo y los salarios. Es cierto que, con la integración comercial, las empresas buscaban radicarse en las zonas con salarios bajos (para reducir sus costos). Pero los salarios no subieron gracias a aquel proceso, como había prometido el sueño neoliberal. Esto ocurrió porque el aumento en la demanda de nuevos empleados en esas zonas no fue tan grande. Las empresas preferían estar en las zonas con salarios altos (donde podían acceder a más clientes y conseguir más fácilmente los insumos intermedios). El resultado de estas dos motivaciones contradictorias fue que la integración comercial no redujo tanto las diferencias de salarios (la supuesta igualación de los precios de los factores, *factor price equalisation*), sino que las mantenía. Entonces, como dice incluso la economía neoclásica ortodoxa (por ejemplo, los modelos de centro-periferia del Premio Nobel Paul Krugman), podría haberse generado una fuerte tendencia de emigración hacia zonas de altos salarios con un potencial desestabilizador (Krugman 1991: 492). En esta situación los flujos migratorios hacia las zonas de altos salarios se habrían autorreforzado (mientras más trabajadores van a aquellas zonas, más grande es el acceso al mercado de consumo que consigue una empresa ubicándose allí). Sin embargo, sí había un mecanismo de ‘reciclaje’ que ocupaba los recursos generados en las zonas con altos salarios para incentivar la creación de mejores empleos en las zonas más débiles del continente. Pero este mecanismo fue el ‘keynesianismo privatizado’ de la liberalización financiera sobredesarrollada estilo Blair (la Unión Europea nunca desarrolló un mecanismo fiscal estatal para corregir estos desequilibrios porque la ideología neoliberal prohibía una expansión del Estado). Entonces, como explica Varoufakis (2015: 195-205), el sur de Europa, con sus bajos salarios y baja productividad, se quedó con un déficit comercial estructural (la otra cara de la moneda fue el superávit comercial alemán). Entonces, los alemanes tenían que reciclar sus excedentes en países como España y Grecia a través del endeudamiento, para que los ciudadanos sur-europeos pudieran comprar los bienes del norte. Con la crisis financiera, el problema de sobreendeudamiento terminó con este mecanismo de reciclaje privado y el neoliberalismo entró en una profunda crisis en toda Europa con la extrema derecha en auge.

drogas, nos está trayendo delincuencia. Ellos son violadores, y algunos, supongo, son buenas personas”. El mismo mes, cuando CNN le preguntó sobre estos dichos tan controversiales, Trump no los desmintió, sino que extendió la asociación entre criminalidad y mexicanos a una relación entre criminalidad y todos los inmigrantes. En esa entrevista televisiva dijo: “La gente que está entrando a nuestro país, y no hablo solo de los mexicanos, sino gente de todas partes, son asesinos, y violadores y están entrando sin controles”.

La solución que Trump propuso para esta supuesta ola de criminalidad inmigrante fue simple: la construcción de un muro para bloquear la frontera entre Estados Unidos y México. Lo describió como “nuestro impenetrable, fuerte, alto, poderoso y bello muro de la frontera sur”. Además aseguró en Twitter que “México pagará el muro. 100%. No lo saben todavía, pero lo van a financiar”. Trump nunca explicó cómo iba a obligar a los mexicanos a financiar el muro, pero la implicación fue que iba a poner un arancel a México (o quizá un cobro para cruzar la frontera) para conseguir los recursos. Esta política xenófoba fue muy popular entre los partidarios más fervientes de Trump, quienes coreaban “¡Construyamos el muro!” en sus actos políticos.

Con un lenguaje de campaña antiinmigrante, incluso más fuerte que el UKIP, no es una sorpresa que inmediatamente después de la victoria de Trump hubiera una ola de ataques racistas y otros crímenes de odio como en el Reino Unido después del Brexit. Estudios del Southern Poverty Law Center tienen registro de 867 incidentes de este tipo en los diez días posteriores a la elección y 2.500 instancias de acoso racial en las escuelas. Además, en un estudio amplio de las escuelas del país, 4 de 10 profesores declararon haber escuchado lenguaje racista dirigido hacia estudiantes de minorías sociales en un contexto de conversaciones relacionadas con la elección (véase Miller y Werner-Winslow, 2016, sobre crímenes, y Costello, 2016, sobre los colegios).

Como se vio con el Brexit, algunos de los seguidores de Trump tienen características autoritarias relacionadas directamente con este tipo de lenguaje despectivo frente a los inmigrantes y otras minorías. Por ejemplo, una encuesta estratificada (nacionalmente representativa) de dos mil estadounidenses blancos revela que un 38% de ellos piensa que los negros son “menos evolucionados” que los blancos, y hasta un 33% de los demócratas blancos lo piensan. Aun dentro de una sociedad donde las actitudes racistas son bastante comunes, los seguidores de Trump siguen siendo más extremistas. Los resultados de Jardina y Piston (2016) confirman los de la encuesta en línea de Reuters a 16.000 personas. Ésta registró que casi 50% de los seguidores de Trump piensa que la gente afroamericana es más “violenta” que la gente blanca (en comparación, menos del 33% de los seguidores de Clinton piensa lo mismo).

Estos datos podrían hacernos concluir que la victoria de Trump no fue producto de la crisis del neoliberalismo, ni del descontento de los *rezagados*, sino fundamentalmente una reacción racista. De hecho, en contraste con los partidarios de Brexit, los seguidores de Trump no fueron los más pobres, ni

los más afectados por la globalización neoliberal. Según las encuestas a boca de urna, la gente económicamente dañada por los cambios en la desigualdad estadounidense de años recientes votó por Hillary Clinton. El 36% más pobre del país (incluido en el 50% más pobre que ha visto sus ingresos contraerse 1% desde 1978) votó 53% a favor de ella y solo 41% votó Trump (ver cuadro 4). De hecho, el voto duro de Trump, la gente que había estado con él desde las primarias, tiene un ingreso promedio anual por hogar de 72.000 dólares, muy por encima del promedio nacional de 56.000 (y de los 61.000 dólares anuales de los seguidores de Clinton).⁹

Cuadro 4. Resultados de encuesta a boca de urna Edison-CNN, 2016.

Ingreso Promedio	Trump	Clinton	Otro/Ninguno
Más de US\$ 50.000 anual (el 64% más rico del país)	48%	47%	5%
Menos de US\$ 50.000 anual (el 36% más pobre del país)	41%	53%	6%

Fuente: Elaboración propia en base a encuesta en boca de urna de Edison-CNN (24, 558 individuos).

Mientras el Brexit fue producto de la crisis del neoliberalismo y el descontento de los *rezagados* con la desigualdad, estos números parecen indicar que la victoria de Trump fue totalmente distinta. Parece una votación más bien de un resentimiento racista posterior a tener un Presidente negro.

Sin embargo, el vínculo entre la victoria de Trump y su campaña racista no es tan directo, hay otras dinámicas presentes también fundamentales. Lo más importante es entender que la victoria de Trump no fue tanto por los méritos propios del candidato y su campaña, sino por las debilidades de su contrincante. Trump fue un candidato bastante débil: perdió el voto popular por una distancia considerable (recibió 2,8 millones de votos menos que Clinton). De hecho, su porcentaje de todos los votos válidamente emitidos fue 46%, un resultado peor que los 47,2% que sacó Mitt Romney en 2012 contra Obama, que obtuvo 51,1%.

Pero si Trump fue un candidato tan débil con tan malos resultados, ¿por qué ganó frente a Hillary Clinton? Clinton ganó el voto popular, pero su nivel de apoyo tampoco fue particularmente bueno: sacó solo el 48,1% de los votos válidamente emitidos. Fue tan mal candidata que la gente decidió votar por

9 Según Nate Silver, que usó la encuesta a boca de urna de Edison más el Censo Nacional. Véase «The Mythology Of Trump's 'Working Class' Support», 3 de mayo de 2016, disponible en <http://53eig.ht/2ATJLN7>.

terceros candidatos o abstenerse.¹⁰ Sus partidarios han tratado de argumentar que su mal desempeño fue parte del ‘ciclo electoral’ (después de dos gobiernos demócratas el electorado se inclinó hacia los republicanos). Sin embargo, la última elección posterior a dos gobiernos consecutivos demócratas (la elección que Gore perdió frente a Bush hijo, luego de dos períodos de Bill Clinton), Al Gore sacó el 48,4%, ¡un resultado mejor que Hilary Clinton! Es llamativo el hecho de que Gore sacara más votos que Hilary Clinton, considerando que Gore fue un candidato conocido por su falta de carisma.

Como explica Bump (2016), Trump ganó porque sacó más votos en el Colegio Electoral, producto de haber ganado una mayoría en más Estados. En muchos casos su victoria fue por un margen muy estrecho (por eso terminó perdiendo el voto popular, dado que Clinton había ganado en un puñado de Estados con poblaciones muy grandes). Así, la victoria de Trump tiene más que ver con la baja votación de Clinton, sobre todo en varios estados pequeños, pero cruciales, que le permitió a él ganar el Colegio Electoral. “Los Estados claves fueron Michigan, Pennsylvania y Wisconsin. Trump ganó esos Estados con un margen de 0,2%, 0,7% y 0,8% respectivamente (10.704, 46.765 y 22.177 votos). Aquellas victorias le dieron a Trump tres votos extra en el Colegio Electoral... En otras palabras, si no fuera por esos 79.646 votos en esos Estados Trump no habría ganado” (Bump, 2016).

Estos tres Estados son parte del famoso *rust-belt* (cinturón de óxido), una zona que ha sufrido la desindustrialización, producto de la globalización, el cambio tecnológico y el retiro del Estado (las tres causas del aumento en desigualdad, según Milanovic). Son Estados paradigmáticos de los *rezagados*. Si esa gente hubiera cambiado su voto de demócrata a republicano uno podría argumentar que acá hay una combinación de motivaciones (tanto sufrimiento económico que genera oposición al neoliberalismo, como una reacción favorable a un candidato racista). Sin embargo, Kilibara y Roithmayr (2016) han hecho un estudio de los resultados electorales en los cinco Estados del *rust-belt* (Michigan, Pennsylvania, Wisconsin, Iowa y Ohio) y han demostrado que no es así. Los *rezagados* abandonaron al Partido Demócrata, pero la mayoría de sus votos no fueron hacia Trump, sino a candidatos terceros o a la abstención.

Según estos autores, los demócratas perdieron 1.352.236 votos en el *rust-belt*. Pero Trump aumentó su votación en esta zona en solo 590.000 votos. Por lo tanto, la mayoría de esos votos fueron a terceros o a la abstención. De hecho, entre el 66% más pobre de la población, los demócratas perdieron 1.552.886 votos, mientras que entre esa gente los republicanos solo ganaron 360.617 votos. Así, solo el 23% de la caída del voto demócrata entre los *rezagados* fue a los republicanos, los demás a terceros y a la abstención. Además, entre los votantes

10 Juntos, Clinton y Trump, obtuvieron solo el 94,1% de los votos en comparación con 98,3% de Obama y Romney, y 96,3% de Gore y Bush. Todos los números son de los National Archives & Records Administration.

de minorías raciales, los demócratas perdieron 401.448 votos y de hecho 134.459 fueron a los republicanos (33%). Esto indica que tanto la mayoría pobre como las minorías raciales rechazaron la visión racista de Trump, pero de todas formas decidieron no votar por Clinton.

Algunos partidarios de Clinton han tratado de argumentar que ella no concitó apoyo por un rechazo misógino. Sin embargo, las cifras de las encuestas a boca de urna sugieren que la caída en apoyo para los demócratas fue algo compartido en todos los grupos sociales, y de hecho las mujeres negras fueron el grupo con la segunda caída más grande.¹¹ Este grupo de votantes, los *rezagados*, hombres y mujeres, blancos y negros, que votaron por un tercer partido o simplemente no fueron a votar esta vez, le dieron la victoria a Trump. *Priorities USA* ha hecho un estudio detallado, basado en *focus groups* para analizar a los votantes que apoyaron a Obama y luego a Trump, y los que votaron por Obama pero no le dieron el voto a Clinton. Sus resultados, después de 1.600 entrevistas, indican que “un porcentaje chocante de ellos piensa que las políticas de los demócratas favorecen a los más ricos (42%), el doble de los que piensan lo mismo sobre las políticas de Trump (21%)” (Sargent, 2017).

Así, a pesar de que el voto duro de Trump es de gente rica y racista, la victoria de Trump no se debió a este voto, sino que fue un epifenómeno de la rebelión de los *rezagados* descontentos con los resultados del neoliberalismo (que no votaron). Ahora, el hecho que el descontento con el neoliberalismo de parte de las clases económicamente marginadas de Estados Unidos haya permitido la victoria de un candidato de extrema derecha habla del estado deteriorado de la izquierda ‘autoamordazada’.

El Partido Demócrata (un partido efectivamente instrumental y que en la práctica abarca toda la izquierda estadounidense) se neoliberalizó. Bajo Bill Clinton entraron las ideas de la ‘tercera vía’, que borraron la tradición socialdemócrata de los *New Deal Democrats* que apoyaban el legado de Franklin Roosevelt. La tercera vía de Bill Clinton abandonó toda pretensión de defender un Estado de bienestar financiado con altos impuestos y una regulación del sistema financiero de Wall Street, como lo hizo Roosevelt. La izquierda estadounidense oficialista terminó apoyando todas las causas del descontento que hemos analizado.

El aumento en la desigualdad que generó tanto descontento en el *rust-belt* fue en parte producto de la globalización, y los Clinton fueron los grandes impulsores del Trato de Libre Comercio NAFTA. También fue producto de la falta de políticas activas del mercado laboral frente al cambio tecnológico, sumado a que durante la Presidencia de Clinton no se hizo nada para fortalecer a los sindicatos destruidos por Reagan, después de la derrota de la huelga de los controladores aéreos. No se quería reconocer que los sindicatos juegan un papel fundamental en las políticas activas más exitosas ni invertir en los procesos de recambio de habilidades necesarios para proteger a los trabajadores del cambio

11 Encuesta a boca de urna Edison-CNN.

tecnológico. Finalmente, también fue producto de las reducciones de impuestos: durante el gobierno de Clinton se mantuvo la reducción de impuestos sobre la renta de Reagan.¹²

Entonces, el Partido Demócrata, o por lo menos el ala de los Clinton, fue uno de los autores clave de la desigualdad y descontento en el *rust-belt*. Aun peor, para proteger al sector financiero (para Bill Clinton el único financista posible para los servicios sociales) el Partido demócrata permitió la desregulación bancaria que explotó con la crisis financiera.¹³ Las entrevistas del grupo *Priorities USA* demuestran que los votantes que se abstuvieron o cambiaron su voto sabían eso y les molestaba. Después de todo, dado que los Clinton son partidarios de todas las políticas públicas que han aumentado la desigualdad, no debe sorprender que perdieron el apoyo de los votantes tradicionales de su partido.

La lección de la victoria de Trump es que cuando la izquierda renuncia a defender la regulación del libre mercado, y simplemente se calla frente a la desigualdad e inestabilidad que genera, la extrema derecha puede canalizar el descontento. Este análisis electoral indica que la dominación de la izquierda de parte de centristas neoliberales, como Blair y Hillary Clinton, pone en peligro la estabilidad democrática.

Así, es evidente que a nivel global hay una tendencia hacia una profunda crisis del neoliberalismo, que fuerzas antidemocráticas la están aprovechando porque la izquierda está autoamordazada. Entonces, la importancia de pensar en alternativas al neoliberalismo parece bastante evidente para evitar este desenlace fatídico.

Conclusión: Chile necesita alternativas al neoliberalismo

El descontento ciudadano con la desigualdad en Chile: ¿otro talón de Aquiles neoliberal?

Aunque Chile no es un país donde las clases media y baja hayan experimentado el estancamiento en sus ingresos, como sí es el caso del Reino Unido y Estados

12 En Estados Unidos, el impuesto sobre la renta (segunda categoría en Chile) subió para el tramo máximo de 24% en 1929, en el periodo del Presidente Hoover, a 79% en 1938, bajo el mandato de Roosevelt: un aumento de 55 puntos porcentuales. Este legado fue borrado por Reagan, quien lo bajó a 28% en 1988: una reducción de 51 puntos porcentuales. Cuando Clinton ganó la Presidencia logró subirlo, pero solamente al 39,6%, un aumento de solo 11,5 puntos porcentuales.

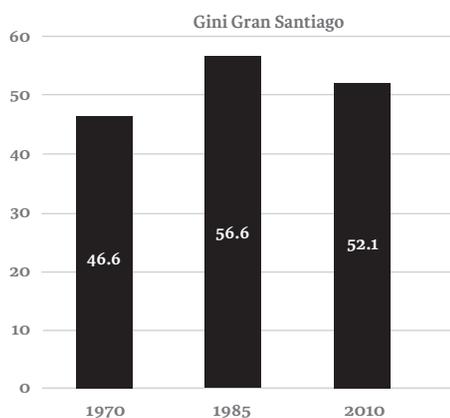
13 En 1999 Clinton firmó la Ley de Modernización de los Servicios Financieros (*Financial Services Modernisation Act* o *Gramm-Leach-Bliley Act*), que derogó partes de la Ley de Bancos de 1933 (*Glass Steagall Act*) que había prohibido la fusión de los bancos comerciales y los bancos inversionistas. Hay cierta controversia acerca de la contribución de este elemento de desregulación financiera a la crisis de 2007. Algunos han argumentado que las fusiones que Clinton legalizó generaron bancos grandes, diversificados e inestables, que luego tuvieron que ser rescatados para evitar un colapso general del sistema financiero (*too big too fail*). Sin embargo, otros análisis indican que los bancos más diversificados fueron más sólidos durante la crisis. De todas formas, Clinton no creó un sistema de supervisión fuerte, lo que sí habría evitado la crisis financiera. Aquel 'pecado de omisión' sin duda contribuyó a la crisis (la contribución del 'pecado de comisión' en este caso es más controversial).

Unidos, tampoco ha experimentado el crecimiento de los países asiáticos. Con sus Estados desarrollistas e intervencionistas (antineoliberales), los tigres asiáticos tuvieron un crecimiento per cápita impresionante, en comparación con el cual el rendimiento económico de Chile es bastante mediocre (Palma, 2011a; Kohli, 2012).

Las clases populares chilenas no tienen la misma experiencia de pérdida económica que generó la crisis política del neoliberalismo entre los *rezagados* de los países ricos (la bajada de la trompa en el gráfico de elefante). Sin embargo, hay similitudes importantes. Tanto como los *rezagados* detrás del Brexit y Trump, las clases populares chilenas han visto a su élite local enriquecerse mucho más rápidamente que el ritmo de crecimiento nacional.

De hecho, el aumento en la desigualdad que ocurrió durante la dictadura nunca fue eficazmente corregido por la Concertación. El coeficiente de Gini aumentó durante la dictadura, desde su punto más bajo en 1970 (descontando la época de la UP donde las cifras son más difíciles de consensuar), hasta su punto máximo en 1985. Luego de la transición democrática y de veinte años de gobiernos de centroizquierda, la desigualdad todavía no había vuelto a los niveles que marcó al final del gobierno de Frei Montalva. De hecho, como demuestra la figura 5, la dictadura aumentó la desigualdad en un 21,5% y la Concertación solo logró bajarla en un 8%.

Figura 5. Distribución del ingreso del Gran Santiago (1970-2010).



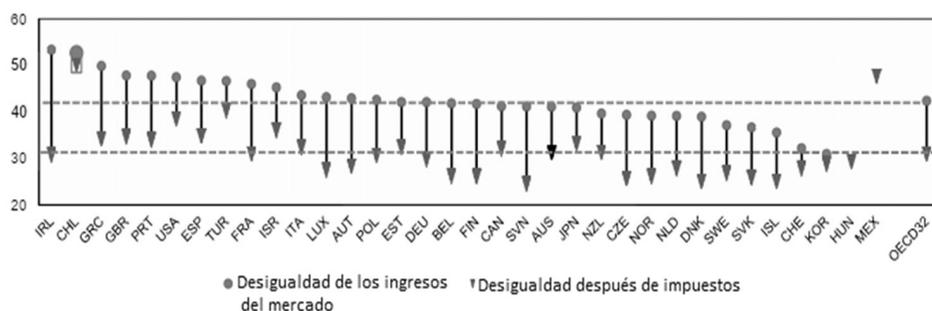
Fuente: Elaboración propia en base a Ffrench-Davis (2014: 316)

Este nivel exorbitante de desigualdad, que no se enfrentó bien durante los gobiernos de la Concertación, dejó a Chile como el país más desigual de la OCDE (2015). Se podría argumentar que la comparación es injusta porque es un club de países ricos (los cuales tienen menores niveles de desigualdad por su

mayor desarrollo).¹⁴ Entonces, se dice, la situación chilena solo se vería mala frente a este grupo más exitoso. Sin embargo, en una comparación global (que incluye países de ingresos similares y más pobres que Chile) los resultados son igualmente malos. Chile sale el quinto más desigual según el índice Gini, y también según la proporción del ingreso capturado por el 10% más rico (cifras del Banco Mundial).¹⁵ De hecho, Chile sería el país más desigual *del mundo*, según la proporción del ingreso capturado por el 1% más rico (metodología de Jorrat y Fairfield, 2016: 133).¹⁶

En este contexto, la acción redistributiva del Estado chileno es evidentemente insuficiente, siendo la reducción en el coeficiente de Gini posterior a impuestos también el menor de la OCDE (véase figura 6).

Figura 6. Desigualdad de ingresos antes y después de ingresos 2015, países OCDE.



Fuente: OCDE (2015).

En contraste con el mundo desarrollado, en el mundo en vías de desarrollo el aumento brutal en la desigualdad ha sido muchas veces compensado por un aumento transformativo en los ingresos de las clases populares. Esto es lo que ha apaciguado parcialmente el descontento social en varios países asiáticos (el cambio desde ser campesinos con cultivos de subsistencia a trabajadores urbanos con salarios crecientes hacen menos relevantes los cambios pro desigualdad en la élite).

En Chile, durante los primeros años de la transición democrática, los aumentos en los ingresos también contuvieron el descontento social (el país estaba saliendo de una dictadura sangrienta durante la cual el ingreso real promedio se había *contraído* sistemáticamente). Sin embargo, pasando los años,

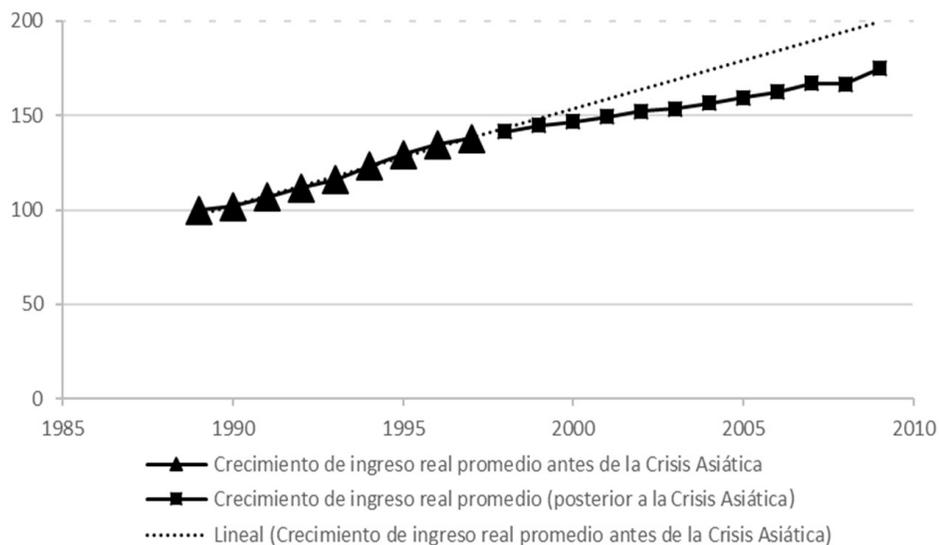
14 Esta es la famosa hipótesis de Kuznets, que la relación ingreso-desigualdad tiene la forma de una U invertida (primero sube y luego baja). Bajo esa hipótesis, Chile estaría en la parte más alta de su desigualdad esperada por su nivel de desarrollo. Sin embargo, la tesis de Kuznets es hoy en día bastante discutida y de todas formas Chile sería más desigual de lo que su nivel de ingreso indica (véase Palma 2011b).

15 GINI estimación Banco Mundial (SI.POV.GINI), cifras para 37 de los 217 países. Participación del decil 10 en el ingreso total (SI.DST.10TH.10) cifras para 37 de los 217 países. Cifras de 2013.

16 Ajustando las cifras del *Luxemburg Income Study* (que incluye 48 países hasta la fecha)

el recuerdo colectivo del miedo asociado con la dictadura se desdibujaba y, después de la Crisis Asiática el crecimiento de los ingresos se desaceleró (figura 7), por lo que se empezó a sentir más el descontento social.

Figura 7. Crecimiento del ingreso real promedio en Chile, 1985-2010.

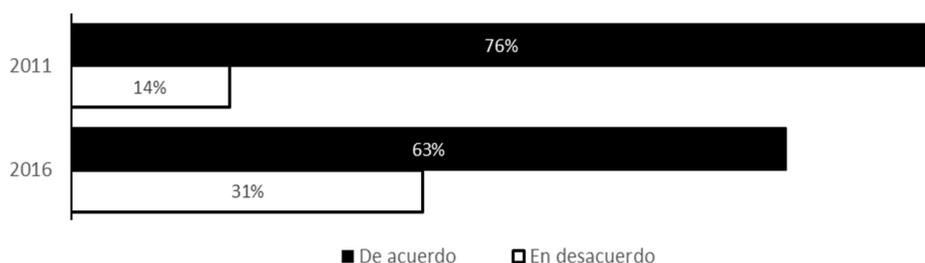


Fuente: Elaboración propia en base a Ffrench-Davis (2014:316)

La expresión política del deterioro de la situación económica se cristalizó, tanto como en el caso del Brexit y de Trump, con una creciente oposición a la desigualdad generada por el sistema neoliberal. La retórica política de los *rezagados* que dio forma al descontento detrás de Brexit y de Trump en el Reino Unido y Estados Unidos la expresó el movimiento estudiantil en Chile. Éste irrumpió en la escena política con la consigna “No al lucro” y con sus dirigentes reproduciendo la idea fuerza de la desmercantilización de los derechos sociales. Evidentemente, este lenguaje apuntaba al corazón del neoliberalismo chileno y a la desigualdad que produce.

En el debate sobre las políticas públicas, la contribución del movimiento estudiantil fue poner sobre la mesa la demanda de educación gratuita, un paso clave para considerar la educación un derecho y no un bien de consumo. Se argumentaba que nivelando el acceso a la educación se generaría una distribución más equitativa del capital humano, y también de los ingresos y de la riqueza. El apoyo que concitaron las demandas del movimiento estudiantil ha sido muy alto y además ha perdurado por encima de los constantes ataques de los medios de comunicación y el sistema político (figura 8). Esto indica el grado de rechazo que genera el neoliberalismo en el Chile actual, y habla de la profunda crisis de dicha ideología.

Figura 8. Evolución de las demandas estudiantiles:
Comparación Agosto 2011 con Junio 2016.



Fuente: Elaboración propia en base a GFK Encuesta Adimark.

Ahora es evidente que, a pesar del apoyo amplio y profundo de las demandas antineoliberales del movimiento estudiantil, éste va en declive mientras que su nivel de desaprobación ha aumentado. Algunos analistas han interpretado esta caída de apoyo como evidencia de que la crisis del neoliberalismo en Chile no es tal, sino que las protestas de 2011 fueron un fenómeno coyuntural que rápidamente está perdiendo importancia en la política chilena.

Sin embargo, hay otra interpretación —que se defenderá acá— que apunta a que dicha disminución en la aprobación no es prueba de un menor apoyo del antineoliberalismo, sino un síntoma de cómo se ha desperfilado el antineoliberalismo de las demandas estudiantiles. En otras palabras, el descontento social con la desigualdad producto del neoliberalismo se canalizó en las demandas estudiantiles, pero éstas fueron distorsionadas y tergiversadas hacia un continuismo del neoliberalismo, generando un rechazo a ellas.

Esta interpretación identifica en Chile la misma dinámica de la ‘izquierda autoamordazada’ del Reino Unido y Estados Unidos. Como vimos antes, en estos países la tercera vía (renovados) terminó apoyando reformas que aumentaron la desigualdad, generando rechazo en la población y haciendo que el descontento se canalizara hacia el Brexit y Trump. Como veremos en la próxima sección, la tercera vía renovada chilena ha seguido un camino similar. Así, si no hay alternativas al neoliberalismo presentadas desde otras izquierdas (como es la meta de este libro), la posibilidad de un desenlace similar al Brexit y Trump se vuelve un riesgo real para este país.

La izquierda autoamordazada y la oposición epifenomenal de las reformas de la Nueva Mayoría

El gobierno de la Nueva Mayoría encabezado por la Presidenta Bachelet trató de tomar las demandas antineoliberales del movimiento estudiantil e implementarlas a través de una serie de reformas concretas de políticas públicas. Específicamente, hubo tres reformas claves desde la perspectiva económica:

una reforma tributaria (para financiar el aumento del gasto social de manera progresiva), una reforma educacional (para mejorar el nivel y distribución del capital humano chileno) y una reforma laboral (para asegurar una distribución salarial más equitativa). Tomadas en conjunto, estas reformas buscaban potenciar el rol del Estado en la economía, reduciendo la desigualdad y fortaleciendo los derechos sociales.

Sin embargo, la opinión pública ha rechazado tajantemente estas tres reformas. Inicialmente, cuando llegó Bachelet a la Presidencia para su segundo mandato (2014), la opinión pública apoyaba las reformas. Según Cadem, 52% apoyaba la reforma tributaria (con solo 24% en contra), 60% apoyaba la reforma educacional (con solo 31% en contra) y 44% apoyaba la laboral (con solo 30% en contra). Sin embargo, terminando el mandato de la Bachelet (2017), estos números se habían invertido. Ahora solo 23% apoyaba la reforma tributaria (con 58% en contra), solo 34% apoyaba la reforma educacional (con 58% en contra) y solo 34% apoyaba la laboral (con 50% en contra).¹⁷ Aunque se ha cuestionado la calidad de esta encuesta, otras encuestas arrojan resultados similares y la tendencia a la baja, por lo menos, no es controversia.¹⁸

Por ejemplo, la Encuesta Adimark comenzó haciendo preguntas sobre la popularidad de las reformas, pero no las mantuvo en su cuestionario. En 2014

17 Cifras de la encuesta Cadem (2017).

18 Se ha cuestionado la calidad metodológica de la Cadem, pero estas críticas aplican más bien a su capacidad de predecir los resultados electorales, no a las preguntas sobre 'clima de opinión'. Como indicador de la popularidad de ciertas medidas de políticas públicas (y sobre todo de la variabilidad de aquella) es más confiable. Para entender esto hay que recalcar que las críticas contra la Cadem son esencialmente dos: las que apuntan al sesgo de no respuesta y las que critican la muestra en sí.

En términos del primer punto: el sesgo de no respuesta (*non-response bias*) ocurre cuando las personas que se niegan a hablar con los encuestadores tienen opiniones sistemáticamente diferentes que los que sí responden. Por ejemplo, si todos los que no abren la puerta a los encuestadores, los que les cuelgan el teléfono y los que les ignoran en la calle son de derecha, mientras que todos los que sí les responden son de izquierda. En tal caso, las muestras tendrían un sesgo si tiene una alta tasa de no-respuesta. Engel (2017) ha criticado las encuestas chilenas precisamente por esta baja tasa de respuesta. Por ejemplo, la CEP tiene una tasa de respuesta de 79%, mientras que Adimark y Cadem, siendo encuestas telefónicas, tienen una tasa de respuesta muchísimo más baja (generalmente las telefónicas tienen tasas de entre 30% y 9% hoy en día). Esta baja tasa de respuesta podría viciar todos los resultados de la Cadem. Pero no está claro que esta tasa afecta la Cadem cuando solo mide el 'clima de opinión'. En un metaanálisis, Groves y Peytcheva (2008) examinaron 59 estudios que analizan el sesgo de no-respuesta y demuestran que la mera presencia de una baja tasa no implica sesgo. El sesgo ocurre cuando hay correlación entre las causas de la participación y los variables bajo investigación y no hay estudios sistemáticos de eso en Chile. Pero para Estados Unidos, Pew (2012 y 2017) hizo una comparación sistemática entre los resultados de dos encuestas telefónicas con bajas tasas de respuesta (9% y 22%) y los de varias gubernamentales con altas tasas (arriba de 75%). Las diferencias entre los resultados de los distintos tipos de encuesta fueron mínimas y las características demográficas de la gente entrevistada y la gente no entrevistada (información que se extrajo de varias bases de datos nacionales) también. Algo similar pasa entre los resultados Cadem y CEP, sugiriendo que la baja tasa de Cadem no es, en sí, una razón para criticarla.

En términos del segundo punto, la Cadem no difiere tanto de las mejores prácticas de encuestas (el uso de una muestra estratificada probabilística, MEP). Para poder extrapolar los resultados de una

preguntó sobre la reforma tributaria y los resultados muestran la misma caída de popularidad (desde mayo, cuando el 51% aprobó y el 36% desaprobó, a diciembre, cuando solo 42% aprobó y 47% desaprobó).¹⁹ Desde 2014 a 2016 preguntó sobre la reforma educacional y la baja es igualmente evidente (en 2014 el 58% aprobó y el 33% desaprobó; en 2016 solo el 43% aprobó y el 50% desaprobó).²⁰ Desde 2015 a 2016 se preguntó sobre la reforma laboral y ocurrió lo mismo (en 2015 el 53% aprobó y el 32% desaprobó, pero en 2016 solo 35% aprobó y el 55% desaprobó).²¹

Hay dos lecturas posibles de este tipo de cifras: la opinión pública podía haber empezado a rechazar las reformas porque son *demasiado* radicales o porque son *insuficientemente* radicales. Este rechazo a las reformas puede ser porque la gente no quiera cuestionar tanto al neoliberalismo, o puede ser que quiera ponerlo mucho más en jaque. Las cifras sugieren que esta segunda interpretación es más cercana a la realidad. Según Mori, justo antes del gobierno de Bachelet y la Nueva Mayoría, solo 3% de las personas querían mantener las políticas públicas chilenas tal como estaban; al final del gobierno esta cifra todavía estaba en 3%. Entonces, el rechazo a las reformas no parece indicar un apoyo al *statu quo* neoliberal.

Es cierto que la cantidad de personas que querían “cambios profundos” bajó del 45% al 21%. Pero esto ocurrió porque se aumentó la cantidad de personas que querían mejorar las reformas con pequeños cambios (subió del 32% a 46%) y porque también aumentó la cantidad de personas que querían “cambios radicales” (subió del 15% a 28%) (MORI/CERC, 2016). Hay cierta confusión en cómo interpretar estos resultados. El problema radica en la formulación vaga de

encuesta a la población general hay que tener una muestra probabilística (donde se entrevista a personas seleccionadas aleatoriamente de una lista para que no sean todos de un solo sector). Dado que el género, la comuna de residencia, la edad, y la clase social afectan las opiniones de las personas, lo ideal es tener una MEP. Con ese tipo de muestra se busca la misma proporcionalidad de sexo, edad, nivel socioeconómico y distribución geográfica que está en la población general pero dentro de estos segmentos sigue haciendo muestras aleatorias. Entonces, se sigue entrevistando gente seleccionada anteriormente de una lista, para evitar cualquier sesgo en la selección de entrevistados.

Esto es lo que hace la encuesta CEP. En contraste, en la encuesta Cadem se usa un método no probabilístico complementario para intencionalmente llegar a las cuotas representativas de personas que no responden a su encuesta probabilística (aleatoria) telefónica. Así, se hace un cuestionario cara a cara en sectores de alta afluencia (para compensar cuando el método telefónico no permite llegar a ciertos grupos socioeconómicos en Chile). Hay un fuerte debate acerca de esta técnica que se cruza con críticas hacia la Cadem por su sesgo político (su encuesta la inventó Roberto Izikson, quien fue jefe de estudios de la Segpres durante el Gobierno de Piñera). Sin embargo, las críticas vienen de la empresa competidora Adimark de Roberto Méndez (otro encuestador alineado con Piñera) y del CEP (una fundación del gran empresariado históricamente vinculado con el pinochetismo ‘moderado’). En otras palabras, hay algo de mala fe en estas críticas.

La realidad es que *todas* las encuestas en Chile enfrentan graves problemas a la hora de predecir resultados electorales frente al voto voluntario (el ‘votante probable’ difícil de calcular) y son de utilidad cuestionable. Pero para medir el ‘clima de opinión’ sobre políticas puntuales todas son fuentes razonables (y además no varían tanto entre sí).

19 Informe Mensual Adimark, Encuesta Evaluación Gestión de Gobierno, diciembre 2014.

20 Informe Mensual Adimark, Evaluación Gestión de Gobierno, diciembre 2016.

21 Informe Mensual Adimark, Evaluación Gestión de Gobierno, diciembre 2016.

las preguntas en la Encuesta Mori. Cuando un entrevistado dice, después de la promulgación de las reformas, que ahora no quiere “cambios profundos”, sino “mejorar con cambios pequeños”, esto es ambiguo. Podría estar expresando un apoyo a las reformas antineoliberales (ahora que se han hecho bien las reformas no es necesario más que pequeños cambio). Pero alternativamente podría estar expresando una crítica a ellas (hay que hacer reformas más lentas porque las actuales son demasiado rápidas).

Sin embargo, una encuesta de Critería Research clarifica la confusión. Sus cifras indican que el grupo crítico o antirreformas (los que quieren “eliminarlas y volver a como era antes”) es solo el 12% para la reforma tributaria, 6% para la reforma educacional y 7% para la reforma laboral. En contraste, el 30% quiere continuar y profundizar la reforma tributaria, y el 38% quiere una reforma completamente nueva (así, el 68% a favor de algo mucho menos neoliberal en lo tributario). Para la reforma educacional, el 43% quiere continuar y profundizar y el 42% quiere una nueva reforma (85% está a favor de algo mucho menos neoliberal en lo educacional). En el caso de la reforma laboral, es el 35% el que quiere continuar y profundizar y el 54% quiere una nueva reforma (89% está a favor de algo mucho menos neoliberal) (Critería Research, 2017). En otras palabras, hay un rechazo a las reformas específicas de la Nueva Mayoría, pero no a la idea de hacer reformas antineoliberales que cambien el modelo económico chileno.

El electorado apoya la profundización o transformación de las reformas que desapruueba en su forma actual, indicando que las considera insuficientes en este momento frente a las desigualdades profundas de la sociedad chilena (o sea, que no son suficientemente antineoliberales). La impopularidad del Gobierno (Bachelet tiene niveles récord de desaprobación) refleja este juicio negativo, lo que de manera epifenomenal genera un rechazo a las reformas, producto no de las reformas en sí, sino de su insuficiente diseño neoliberal. Tal como pasó con el Brexit y con Trump, las ideas de la tercera vía dejaron a la izquierda autoamordazada e incapaz de canalizar el descontento ciudadano a través de reformas populares, potenciando la derecha por descarte. Así, Sebastián Piñera subió en las encuestas durante todo este proceso.

Tal como pasó en el Reino Unido y en Estados Unidos, la izquierda chilena terminó identificándose con el modelo neoliberal que la mayoría de las personas rechaza (según las encuestas de preferencias ciudadanas ya analizadas). Para evitar el destino fatídico del Brexit y de Trump, es imprescindible entender cómo fracasó esta izquierda autoamordazada en Chile, cómo estas reformas terminaron siendo neoliberales y cómo se puede pensar en alternativas que superan dicha ideología hegemónica. Estos serán los temas de los otros capítulos de este libro.

Referencias

- Alvarado, F., L. Chancel, T. Piketty, E. Sáez y G. Zucama (2017). *Global Inequality Dynamics: New Findings from WID world*. NBER Working Paper 23119.
- Akram, H. (en prensa). *La casa que constuyó Hayek: La historia del modelo económico neoliberal en Chile*. Santiago: Ediciones UDP.
- Ashcroft, M. (2016). How the United Kingdom voted on Thursday... and Why. *Lord Ashcroft Polls*, 24 de junio.
- Autor, D. H. y D. Dorn (2013). The Growth of Low-Skill Service Jobs and the Polarization of the US Labor Market. *American Economic Review*, 103 (5): 1.553-1.597.
- Becker, S., T. Fetzerand y D. Novy (2016). *Who Voted for Brexit? A Comprehensive District-Level Analysis*. University of Warwick Working Paper Series 305.
- Borjas, G. y V. Ramey (1995). Foreign Competition, Market Power and Wage Inequality. *Quarterly Journal of Economics*, 110 (4): 1.075-1.110.
- Bump, P. (2016). Donald Trump will be president thanks to 80,000 people in three states. *Washington Post*, 1 de diciembre. Disponible en <http://wapo.st/2z97jhF>.
- Cadem (2017). Plaza Pública: Track Semanal de la Opinión Pública Estudio 172. Mayo.
- Card, D., T. Lemieux y D. Riddell (2004). Unions and Wage Inequality. *Journal of Labour Market Research*, 25 (4): 520-562.
- Chang, H.-J. y A. Singh (1993). Public Enterprises in Developing Countries and Economic Efficiency. *UNCTAD Review*, 4.
- Chang, H.-J. (2009). Industrial Policy: Can We Go Beyond Unproductive Confrontation. Plenary Paper. Seoul: ABCDE.
- Corlett, A. (2016). *Examining an Elephant: Globalisation and the Lower-Middle Classes of the Rich World*. Londres: Resolution Foundation.
- Costello, M. (2016). *After Electio^oIn Day. The Trump Effect: The Impact of the 2016 Presidential Elections on our Nation's Schools*. Montgomery: Southern Poverty Law Centre.
- Criteria Research (2017). *Estudio de Opinión Pública*. Abril.
- Ebenstein, A., A. Harrison y M. McMillan (2015). *Why are American workers getting poorer? China, trade and offshoring*. NBER Working Paper 21027.
- Haidt, J. (2015). How Capitalism Changes Conscience. *Centre for Humans and Nature*. Disponible en <http://bit.ly/2Cb564I>.
- . (2016). When and Why Nationalism Beats Globalism. *The American Interest*, 10 de julio.
- Jardina, A. y S. Piston (2016). How Do Trump Supporters See Black People? *Slate*, 7 de noviembre.
- Johnston, R., K. Jones y D. Manley (2016). Predicting the Brexit vote: getting the geography right (more or less). *LSE British Politics and Policy Blog*, 2 de julio.

- Jorrat, M. y T. Fairfield (2016). Top Incomes Shares, Business Profits and Effective Tax Rates in Contemporary Chile. *Review of Income and Wealth*, 62 (1).
- Kaufmann, E. (2016). Trump and Brexit: why it's again NOT the economy, stupid. *Politics and Policy Blog*, London School of Economics and Political Science, 9 noviembre.
- Kilibarda, K. y D. Roithmayr (2016). The Myth of the Rust Belt Revolt: Donald Trump didn't flip working-class white voters, Hillary Clinton lost them. *Slate*, 1 de diciembre.
- Kohli, A. (2012). Coping with globalization: Asian versus Latin American strategies of development, 1980-2010. *Revista de Economía Política*, 32 (4).
- Krugman, P. (1991). Increasing Returns and Economic Geography. *Journal of Political Economy*, 99 (3): 483-499.
- Lakner, C. y B. Milanovic (2016). *Response to Adam Corlett's Examining an Elephant*. CUNY GC Paper.
- Lemieux, T. (2006). Post-Secondary Education and Increasing Wage Inequality. *American Economic Review*, 96 (2): 195-199.
- Looney, A. y K. B. Moore (2015). *Changes in the Distribution of After-Tax Wealth: Has Income Tax Policy Increased Wealth Inequality?* Finance and Economics Discussion Series 058. Washington: Board of Governors of the Federal Reserve System.
- Milanovic, B. (2012). *Global income inequality by the numbers: in history and now*. Policy Research Working Paper number WPS 6259. Washington DC: World Bank.
- . (2016). Interview with Vincent Bevins. *Foco Económico*, 28 de diciembre. Disponible en <http://bit.ly/2z8H6Qw>.
- Miller, C. y A. Werner-Winslow (2016). *Ten Days After: Harassment and Intimidation in the Aftermath of the Election*. Montgomery: Southern Poverty Law Center.
- MORI/CERC (2016). *Barómetro de la Política*. Diciembre.
- OCDE (2015). *In It Together: Why Less Inequality Benefits All*. París: OECD Publishing.
- Ottone, E. (2016). Ottone trata de ignorantes a líderes de los estudiantes y dice que en Chile no hay neoliberalismo. *El Mostrador*, 25 de abril.
- Palma, J. G. (2011a). *Why has productivity growth stagnated in most Latin American countries since the neo-liberal reforms?* Cambridge Working Papers in Economics (CWPE) 1030.
- . (2011b). *Homogeneous middles vs. heterogeneous tails, and the end of the 'Inverted-U': the share of the rich is what it's all about*. Cambridge Working Papers in Economics (CWPE) 1111.
- Peña, C. (2017). Derrota de Lagos a manos de la izquierda light. *El Mercurio*, 11 de abril.

- Stiglitz, J. (2002). *Globalisation and its Discontents*. Londres: Penguin.
- TUC (2016). *UK Workers Experienced Sharpest Wage Fall of Any Leading Economy, TUC Analysis Finds*. London: Trades Union Congress.
- Varoufakis, Y. (2015). *The Global Minotaur: America, Europe and the Future of the Global Economy*. Londres: Zed.
- Welzel, C. (2013). *Freedom Rising*. Cambridge: CUP.
- Williamson, J. (1989). *Latin American Readjustment: How Much has Happened*. Washington: Institute for International Economics.